

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE  
SEVILLA  
**17 DE MARZO DE 2024**

JUAN MIGUEL VEGA LEAL

DEDICATORIA

Todo, absolutamente todo, cuanto voy a decir aquí está inspirado por una historia de amor. Una hermosa historia de amor que labraron y compartieron un trianero llamado Juan Vega Ramírez y una sevillana de la Cruz del Campo que se llamó Dolores Leal Estudillo. A ellos dos, a mis padres, va dedicado este Pregón.

Donde hay caridad y amor, allí está Dios.  
A Dios por el Amor.

## CANTO A SEVILLA

¿Qué es Sevilla? ¿Cual su secreto? Yo se lo pregunté a un sabio. Yo se lo pregunté al hombre que, posiblemente, mejor la conoció: el profesor Francisco Morales Padrón. Sí, el de aquel pregón tan controvertido, -y tan hondo- pero el hombre que, posiblemente, mejor la conoció.

Un día, fui a verlo y le pedí que me lo dijera: ‘Profesor, ¿qué es Sevilla?’

Era una pregunta difícil, muy difícil, lo sé. Pero Morales Padrón dio con la respuesta.

Meditó un instante brevísimo y luego, señalando hacia el otro extremo del salón de su casa, me dijo: Sevilla es... esa luz que entra por la ventana.

Yo sé que tú también, como yo, la has reconocido esta mañana. Esa luz – Sevilla-; esa luz diferente, como venida del tiempo sin tiempo de la infancia, es la que hoy nos anuncia que llega otra vez la Semana Santa. Y al sentir su caricia sobre la ciudad, deslizándose entre las espadañas, proyectando la sombra de la flor del azahar, iluminando las caras y haciendo que todo en nosotros produzca una extraña felicidad, te has dado cuenta de lo poco que falta.

La luz te ha dicho esta mañana que el sueño está de nuevo a punto de volver a hacerse realidad; que esto, sevillano, ahora, de verdad, sí que ya está aquí. Llega la Semana Santa. Otra Semana Santa. Un milagro que todos los años ocurre por obra y gracia de la luz. De una luz llamada Sevilla.

Es posible que no seas  
la mejor ciudad del mundo  
Que haya otras con más porte  
más monumentos, más lujo  
También puede que no seas  
La que tenga mejor gusto  
Que otras posean más belleza  
o sean del arte atributo.  
Quizá hasta tengan más glorias  
en el blasón de su escudo.  
Y hasta más gracia que tú,  
Menos malage, seguro.  
Mas tu eres la mía, Sevilla.  
Aquí mi madre me tuvo  
Fue en ti donde abrí los ojos  
y eché a volar al futuro,  
amparado por tu cielo

y mi Virgen del Refugio.  
Es cierto, tal vez no seas  
la mejor ciudad del mundo  
Pero a poco que lo pienso,  
es que yo de ti presumo.  
Porque bonita eres tela  
Como tu empaque, ninguno.  
Monumentos, a manojos  
y esos parques, de dibujo.  
Tu piedra, tu cal, tu albero.  
Un simple detalle tuyo  
hizo inclinar la rodilla  
a todo el que verte pudo.  
En lo que de ti me gusta,  
Sevilla, todo lo incluyo  
Por gustarme, hasta me gusta  
la calle Imagen, lo juro.  
De tu gente, qué me dices?  
El sevillano, tan suyo  
La sevillana, tan guapa  
La envidia son de Epicuro  
No te cambiaría por nada  
Pues si aquí nacer me cupo  
Aquí me despediré  
cuando el sol se vuelva oscuro  
Y mi alma ese día cruce  
El Arco de tu triunfo  
Para por fin ver la Rosa  
De San Gil y a Ella junto  
estar por siempre en la Gloria;  
en su regazo, en su arrullo.  
Claro que sí, que habrá otras  
con más empaque y más lujo.  
Pero ninguna me causa  
sentimientos tan profundos  
Pasión, enamoramiento  
locura, a veces, incluso.  
Y al llegar Semana Santa  
tu cáliz de miel apuro  
Que de la gloria del cielo  
vibra en la calle un barrunto.  
Es tu gracia la finura  
y tu secreto, el embrujo.

Eres la exacta medida  
tu sol, el oro más puro.  
Por leal, noble y mariana  
Ser sevillano es mi orgullo  
Y además, eres Invicta  
así que sobran tapujos:  
Para mí eres lo más grande  
y aquí se acaba el asunto.  
Que sí, hombre, que habrá otras  
por ahí que valgan mucho  
Pero como tú, Sevilla.  
No hay nada igual en el mundo.

## SALUTACIÓN

Excmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo.

Excmo. Señor Alcalde.

Ilmo Señor presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías.

Excelencias reverendísimas señores obispos auxiliares.

Ilustrísimo señor presidente de la Diputación Provincial de Sevilla.

Ilmo. Señor Teniente de Alcalde delegado de Fiestas Mayores.

Dignísimas e Iustrísimas autoridades.

Señoras y señores, queridos paisanos.

Cofrades de Sevilla.

## TODO ESTÁ LISTO

En la penumbra de la salita, cuelga ya la túnica planchada, impecable; la papeleta de sitio espera en el cajón; a las iglesias han llegado los pasos y en ellos están ya las imágenes, en torno a las cuales se despliegan los geométricos alardes de las candelерías que habrán de iluminarlas. La ciudad también se ha preparado. Ya se han puesto las ramplas, montado los palcos, engalanado las calles, cortado las ramas de olivo y rizado las palmas. En el firmamento, los vencejos escriben con letra inglesa los versos más hermosos que nadie ha dicho nunca a Sevilla; y hasta los firman con la tinta negra de sus plumas, garabateando en el celeste las rúbricas de los poetas que le hablaron de amor a la ciudad. Esas luces de fuego que ves cruzar el cielo de noche son las chispas que saltan de la piedra donde afila su puñal el saetero; al que espera ya el balcón entreabierto para que salga a clavárselo en el corazón al viento. El aire aguarda el quejío, el adoquín, la cera; el canasto, la flor. Huele a esparto, a almendra garrapiñá, a calentitos de papa, a miel, a azahar...

Dime que no te entra ná por dentro al pensarlo. Dime que no te llena de alegría -de esa alegría, sevillano, que sólo tú y yo comprendemos- saber que la semana que viene será Semana Santa. Que dentro de siete días, de sólo siete días, será Domingo de Ramos.

## DOMINGO DE RAMOS

Ahora sí que ya está aquí.  
la Semana Santa empieza  
pronto verás por la Ronda  
nazarenos de la Hiniesta  
camino de San Julián  
porque la hora se acerca  
y verás cruzar la ojiva  
a la Dolorosa eterna  
pues hay esquinas y horas  
que son sólo para ella.  
Ya La Paz del Porvenir  
porque salió la primera  
tomó la senda del parque.  
Y allí, junto a una vereda,  
bajo un ciprés centenario  
Gustavo Adolfo la espera  
para decirle en silencio  
rimas de verde arboleda

La Eucaristía en los Terceros  
Cristo es el pan de la Cena  
Y es Humildad y es Paciencia  
Subterráneo, Madre buena  
el azahar y el clavel  
te brindan su flor más nueva  
Hermano esto ya está aquí  
La banda a Molviedro llega  
con el brillo y la sonrisa  
de quien la felicidad estrena  
va con Jesús Despojado  
alentando la faena  
rodilla en tierra clavada  
de su gente costalera  
Y en el Puente de Triana  
capirotos de la Estrella  
que ya va a estar trianeando  
nuestro Cristo de las Penas  
Ahora sí que ya está aquí  
Ya se han abierto las Puertas  
del templo del Salvador  
sonando están las cornetas  
sale ya la Borriquita  
y la calle Cuna entera  
colmadita está de niños  
con sus velitas de cera.  
Esos niños nazarenos  
nuestra otra primavera.  
A compás la bambalina  
Se oye cada vez más cerca  
viene alegre es de San Roque  
Gracia y Esperanza plenas  
que aún no salió la luna  
ni hay en el cielo estrellas  
Nada queda que esperar.  
Silencio en la calle Feria  
Un Misterio a paso largo  
Herodes a Dios desprecia  
La Amargura está saliendo  
El sol su luz atempera  
Suena la marcha más triste  
para la pena más tierna.  
Ahora sí que ya está aquí

mas el fin también se acerca  
porque ha llegado la noche  
y también llegó con ella  
el Verbo que se hizo carne,  
carne de noble madera.  
Ahora el Cristo del Amor  
los blancos rayos refleja  
de la luna que en el cielo  
ilumina sus potencias.  
Rayos que también alumbran  
De la Madre su honda pena.  
Socorro y Amor que calman  
el dolor de mis miserias.  
En el reloj da la hora.  
En la Giralda ya suena  
la campana que lo anuncia  
Y todo a su luz despierta  
Es el Domingo de Ramos  
Un don que Dios nos entrega  
guárdalo dentro, paisano.  
Que lo sienta tu alma entera.  
Es el día más luminoso  
y la noche más excelsa.  
Cuando Sevilla derrocha  
toda su inmensa belleza  
cuando la gloria se toca  
cuando los ángeles sueñan  
cómo sería si el Cielo  
pudiera estar en la Tierra.

## EVOCACIÓN DE TRIANA

Los sevillanos empezamos a amar la Semana Santa antes incluso de comprenderla. De niños, al mismo tiempo que nos enseñan a hablar, aprendemos a llevar el compás del tambor y a tararear las marchas de cornetas. La Semana Santa se nos mete en el corazón cuando empezamos a vivir. Desde el principio forma parte de nuestras emociones más profundas; la llevamos tan dentro como la caricia o la voz de nuestros padres. ¿El Misterio? Ya habrá tiempo de descubrir el Misterio. De saber que es Dios quien anda detrás de todo esto que nos llena el alma de alegría.

La memoria viaja ahora muy atrás en el tiempo, buscando el primer recuerdo de la Semana Santa; cuando empecé a amarla sin todavía comprenderla. Y llega hasta el amanecer de un lejano Viernes Santo; un amanecer de cielo encapotado. El niño de ese recuerdo ve pasar ante él las figuras altísimas de unos nazarenos de capa blanca y túnica de terciopelo verde que caminan en silencio de vuelta a su capilla tras una larga noche de vigilia y penitencia. En la capa llevan un escudo que preside un ancla. El niño no lo sabe aún, pero ese ancla es ya parte de las ataduras que lo unen a los suyos; a su sangre. En las casas de sus abuelos, como en la suya, colgaba de una pared la misma foto de la misma Virgen a la que acompañaban aquellos nazarenos. Esa Virgen lo vio crecer; lo vio reír y enfermar, acertar y equivocarse, sufrir y gozar, lo vio vivir, hacerse un hombre, formar una familia... Y como salida de aquel recuerdo; como regresada de ese ayer nuestro que es su eterno siempre, Ella está hoy aquí ofreciéndonos el tesoro de su esperanza en este bendito domingo de ilusión; en este mediodía donde proclamamos solemnemente la víspera de la Semana Santa. María Santísima de la Esperanza de Triana: A ti quisiera ofrecer este humilde pregón para honrarte y darte gracias; Tú, que sigues velando por nosotros con esos tus ojos negros que encierran y explican todos los misterios; esos ojos que ahora, como siempre hicieron, sé que me están mirando desde el otro lado del río; ese río que riega de tu esperanza Andalucía con el agua que santificas cada Viernes Santo otorgándole el bendito privilegio de reflejar tu cara morena.

Toda la vida contigo  
Señora de la Esperanza.  
Fue mi deseo a ultranza  
hallar en tu manto abrigo  
y ser el mejor amigo  
de Tu Hijo el marinero,  
enrolarme en tu velero  
ser cordero en tu rebaño,  
estar hecho de tu paño,  
lleno de orgullo trianero.

Sobre un mar de terciopelo



verde y sal de espuma blanca  
de capas que llevan anclas  
para fondear en el cielo  
tu navegar es un vuelo  
hacia un distinto mañana  
Toma el timón, capitana  
de la virtud y la belleza  
Pon rumbo a calle Pureza,  
que quiero estar en Triana.

Tú eres Flor, luz, alegría  
Noche, plata, luna, río  
pasión, alma, escalofrío.  
La sal de mi Andalucía  
Que en tu llanto va, mecía  
por el sudor costalero.  
Yo sí se por qué te quiero  
Que en la pila de Sant' Ana  
recibió la fe cristiana  
el que la sangre me dio  
¿Tendré que quererte o no  
Esperanza de Triana?

Y de Triana, el Puente. Ahora el Cachorro lo está cruzando. Va camino de Sevilla. Y allí estoy yo también, de la mano de mi padre; que ha vuelto a acudir a la llamada de la sangre; la sangre lo ha convocado, un año más, a su Triana. Y estamos viendo el Cachorro. Parece que va a llover, pero no se atreve. El Cielo está quieto viendo pasar el Cristo de la Expiración. Dicen que hoy Dios se muere, pero no es verdad. El Cachorro no se está muriendo; el Cachorro está empezando a resucitar; vuelve de la oscuridad para salvarnos. Y así se nos muestra cada Viernes Santo cuando, ya de regreso, parece levitar, como en un presagio de la Ascensión, mientras avanza, calle Castilla adelante, cruzando la noche de Triana, alumbrado por un rayo de luna que es como el blanco resplandor del mismo Dios Padre, quien, otra vez, como en el Jordán, como en el Monte Tabor, parece señalarlo y decir: Este es mi hijo más amado. Escuchadlo. Resuenan también en la cal de las viejas casas las palabras de su Madre del Patrocinio en las bodas de Caná: Haced lo que Él os diga. Haced lo que Él os diga. Y todo lo que Él nos dijo se resume en la palabra que inspira la contemplación de ese hombre que está entregando todo lo que tiene, su vida, por los demás; por nosotros; por todos nosotros. Ese hombre al que ahora vuelvo a ver, en una tarde de hace ya muchos años, junto a mi padre que ha vuelto, como ha vuelto aquella tarde; y sin hablar lo miramos: el Cachorro sobre el puente va camino de Sevilla; un hombre dramáticamente solo que eleva al cielo su mirada, pidiendo al Padre que lo acoja y perdona a quienes lo clavaron en esa cruz terrible que tiembla en el espejo del río. Y

he vuelto a comprender al verlo que Dios es Amor. Aprieto fuerte la mano de mi padre, para que no se vaya; para que tampoco se vaya esa tarde. Y vuelvo a comprenderlo. Dios es amor. Si tú no lo comprendes, sostenle, si puedes, la mirada al Cachorro y comprenderás al verlo que en el breve instante de su Expiración está comprendida también, entera, toda la eternidad que el Dios que nos ama nos tiene prometida; una eternidad junto a Él, en ese Paraíso que reflejan los ojos, porque a él ya se están asomando, porque ya lo ven, de ese gitano del Zurraque, de ese Dios moreno al que llaman el Cachorro de Triana.

Triana no ha dejado de llamar a mi sangre; por lejos que me fueran llevando los vericuetos de la vida. Triana siempre aparecía al final del camino. Y allá, sobre el horizonte, la luz de una estrella que jamás se apagaba. Esa luz que parecía generar toda la celestial claridad del Domingo de Ramos. En el lejano barrio donde me crié, siempre era un nazareno de la Estrella el que anunciaba la llegada del día mejor. Hasta allí venía la brisa del río para hacer volar su capa blanca, que resplandecía al sol del mediodía como una loza de la Cartuja. Los chiquillos correteaban alegres tras él, pidiéndole caramelos, y el barrio se llenaba de alegría y felicidad porque ahora ya sí, ya era Semana Santa.

Esa luz que hacía resplandecer la capa blanca del primer nazareno de mi infancia fue la que una vez señaló el camino a mi hijo Juanmi en uno de esos momentos de la vida en los que la incertidumbre lo oscurece todo. La luz pareció susurrarle aquella oración de San Bernardo, mientras le señalaba la otra orilla del río: ‘Oh tú que te sientes lejos de la tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, en medio de las borrascas y de las tempestades, si no quieres zozobrar, no quites los ojos de la luz de esta Estrella, invoca a María!

Y ocurrió que mi hijo se presentó un día en casa con una túnica blanca y un antifaz de terciopelo azul, como los de aquel nazareno que, de niño, me anunciaba la llegada del Domingo de Ramos.

Hay una luz que nos guía  
hasta su breve capilla  
donde la noche se humilla  
ante el rostro de María.  
Ella es la luz de este día,  
que ha amanecido a deshora  
Porque es del tiempo señora  
Y es un lucero que anuncia  
a la hora en que el sol renuncia

la claridad de otra aurora  
que asoma por el Poniente  
Mira la Estrella valiente  
de la luz emperadora.  
La tarde ahora es la mañana  
La senda del vivir se allana  
caminando tras su huella  
siguiendo siempre a la Estrella  
Hasta el cielo de Triana.

## SAN BERNARDO

La calle por la que se entra a lo más recóndito del barrio de San Bernardo se llama Puerta del Cielo. El barrio de San Bernardo es un mundo aparte. Un lugar aislado del resto de la ciudad; olvidado muchas veces. El barrio de San Bernardo es un sitio camino de ninguna parte. Pero la calle por la que se entra a lo más recóndito del barrio de San Bernardo se llama Puerta del Cielo. Sevilla nunca da puntá sin hilo. El barrio, es cierto, ya no es el mismo, pero todavía conserva sus dos bienes más preciados. Los que asientan y definen sus verdaderas señas de identidad: el Santísimo Cristo de la Salud y la Virgen del Refugio. Dos tesoros que, una vez al año, San Bernardo comparte con el resto de la ciudad.

El Cristo de la Salud es el Cristo de la dulce muerte. Un Jesús cercano y humano, como aquel para el que la voz popular, apiadándose de él, pedía escaleras para quitarle los clavos. Pero el Cristo de la Salud es también como aquel otro que anduvo en la mar; aquel al que otra voz, más popular todavía, la de Antonio Machado, decía preferir, quizá por ser más Dios y menos hombre. Machado se fue demasiado pronto de Sevilla, con ocho años. No le dio tiempo a comprender que ambos, el crucificado y el que anduvo sobre las aguas, aquí son el mismo. Que el de la cruz también camina en Sevilla sobre la mar del fervor y la devoción; sobre las tempestades del miedo y la desesperanza. Así lo hace cada Semana Santa el Cristo de la Salud de San Bernardo. Alfa y Omega, el Cristo de la Salud, a mitad de camino entre la muerte y la resurrección, marca también la exacta equidistancia entre el principio y el final de la Semana Santa. La Semana Santa termina de empezar cuando a mediodía del Miércoles Santo, en su camino a la Catedral, el Cristo de la Salud asciende el puente que lleva el nombre del barrio. Un puente que la hermandad salvó del derribo y este año se convierte en centenario.

Luego, cuando de noche regresa y en el puente, los reflectores de los bomberos perfilan su sagrada silueta en la oscuridad, algo por dentro nos dice que la Semana Santa ha empezado a acabarse.

Oro fundido el miércoles derrama

esta tarde en tu Gólgota del puente  
le duelen las espinas de tu frente  
al lirio que a tus pies morir reclama.

Se agita en el candelabro la llama  
ahogada pues tu respirar no siente  
mas brota en tu costado ya la fuente  
del agua que la salvación proclama

Las olas de la mar de Galilea  
evoca esta pendiente sevillana.  
Camina otra vez Cristo en la marea.

Aquí ha doblado el cabo la semana  
Y una aurora boreal hoy se recrea  
barnizando tu piel de porcelana

El Cristo de la Salud no sólo sale el Miércoles Santo. Para nosotros, los suyos, está cada día en la calle. A nuestro lado, acompañándonos, calmando los dolores que nos afligen; conociendo y consolando nuestras penas. Y riñéndonos cuando no lo hacemos bien. Cuántas incertidumbres, cuántos miedos, cuántas dudas, cuántas noches en vela ha compartido conmigo. Las enfermedades de los hijos, los sinsabores de la vida, los quebraderos de cabeza en el trabajo, las terribles despedidas... ese es mi Cristo de la Salud. El que en las penas, siempre estuvo conmigo.

Y en las alegrías... en las alegrías, ha estado ella.

De lo poquito que queda  
de lo que había mi barrio  
es la Virgen del Refugio.  
Lo mejor de San Bernardo.  
Siempre con cara de niña,  
aunque pasen muchos años.  
Siempre velando por todos,  
los que están, los que marcharon.  
Portaceli, Campamento  
Calle Ancha, Gallinato.  
En cada esquina tu cara,  
un barrio bajo tu manto.  
El barrio de los toreros  
artilleros, ferroviarios  
Y de paseo por Sevilla,

al sol del Miércoles Santo.  
Por la Sevilla más bella  
a la que añade su encanto  
De pena y nácar mi Virgen.  
De grana y oro su palio.  
Lleva dos mil nazarenos.  
Venidos de todos lados  
hasta su barrio hoy desierto  
que de vida y fe colmaron.  
Son los hijos de sus hijos  
de aquellos que se alejaron  
que no olvidan a su Virgen  
y caminan de su mano  
orgullosos de su estirpe;  
hábito negro y morado.  
De llevar siempre encendido  
en la mano un cirio blanco.  
A todos ella protege  
y cobija en su regazo  
Es mi Virgen, siempre niña,  
aunque pasen muchos años.  
El Refugio de María  
Lo mejor de San Bernardo.

## CONCHITA

Una tarde de Jueves Santo, junto a la iglesia de Santa Catalina, mientras veía pasar a los Armaos, que iban en su ronda camino del Ateneo, pegué el oído y escuché una conversación entre dos de los gastadores que abrían la marcha. Hablaron en latín macarrónico, su lengua vernácula; lengua que, como todos ustedes saben, yo domino a la perfección. Así que pude entender que uno le dijo al otro algo que se podría traducir de este modo:

.-Quillo, a ver si un año de estos, en vez de al Ateneo, vamos de visita al Tremendo.

Puesto que ellos no iban a poder ir ese año, decidí hacer yo la visita en su lugar. Y estando en El Tremendo, donde Mari nos atendió tan bien como siempre, mi hijo Ignacio, que entonces era muy pequeño pero ya se fijaba en todo con bastante perspicacia, reparó en el nombre que lleva la calle donde está el famoso establecimiento. Y me preguntó extrañado.

Papá. ¿El almirante Apodaca era japonés?

Yo tendría más o menos la edad que él tenía entonces cuando, hace ya muchos años, pasaba por esa misma calle del Almirante Apodaca, que por cierto no era japonés sino de Cádiz, como el Yuyu, a bordo de uno de esos autobuses a los que entonces llamábamos en Sevilla Er Pegaso. Autobuses de una firma que tomó como marca el nombre del caballo blanco alado de la mitología griega; aunque yo de niño creía que era al revés, que el caballo se llamaba como los autobuses de Sevilla.

En aquel Pegaso, yo solía venir una vez por semana al centro acompañando a una persona que dejó una honda huella en mi vida: Mi vecina Conchita.

Los dos vivíamos en una de aquellas barriadas periféricas a las que se tuvieron que ir muchos vecinos del centro, donde, sin embargo, se mantenían las formas de vida de antaño y las relaciones entre los vecinos eran casi de familia. Yo pasaba muchas horas en casa de Conchita, que, casi todas las semanas, me llevaba al lugar donde se crió, una casa de la calle Gallos, junto a la Puerta Osario, donde aún vivía su anciana madre. Al niño que yo era entonces le llamaba mucho la atención que Conchita le hablara a su madre de usted. Hacer aquellas visitas era para mí como viajar en el tiempo

Conchita conoció de niña la Exposición del 29 y, ya de mocita, la República y la guerra, pero casi nunca me hablaba de eso. Ella prefería contarme historias de la Semana Santa. De una Semana Santa popular, de la calle, protagonizada por una ciudad y unas gentes con las que años después me reencontraría en los textos de Antonio Núñez de Herrera, el Borges de la literatura cofradiera. En los relatos de Conchita se entrecruzaban la historia y la leyenda; la realidad y la ficción, sin que faltara una mijita de guasa.

Fíjate que er Pilato de San Benito, na má salir de su iglesia, entra a tomarse un tinto en el bar que hay en frente. Y en la Canina, que cada vez que el paso dobla una esquina, se cambia la guadaña de mano.

Lo del Pilato comprobé que casi era cierto cuando descubrí una foto antigua en la que se veía que frente a la puerta de la iglesia de San Benito hubo una taberna, ante cuya puerta se paraba, a escasos centímetros, el gobernador de Judea. Y hasta daba la impresión de que hacía por entrar. Pilato, qué personaje. Morales Padrón fantaseó con la posibilidad de que hubiera sido sevillano; de que naciera en Itálica, a cuenta de una inscripción aparecida en el anfiteatro. Es curioso lo bien que cayó aquí siempre Pilato, sobre todo el de la Calzá. Al que Núñez de Herrera cuenta que la gente ya vitoreaba pocos años después de que empezara a salir. La Hermandad, no obstante, le daba por aquel entonces un trato más acorde a su papel cobardón en la Pasión de Cristo, encerrándolo durante la mayor parte del año, cara a la pared, en un pequeño almacén que había bajo el antiguo puente. Un puente por el que pasaba aquel viejo Pegaso camino de la Puerta Osario y que, en la memoria de mi generación, seguirá siempre esperando a los verdaderos protagonistas de la Hermandad, el Señor Presentado al Pueblo, el Cristo de la Sangre y la palomita trianera de la Encarnación.

Con lo de la Canina sí que me llevé una decepción. Eso de que no se cambiara la guadaña de mano. ¡Cuidao la Canina! -decía Conchita-, anda que no da miedo ni ná. Yo creo que Conchita gastaba esas bromas para ahuyentar sus fantasmas, porque le tenía verdadera jindama a todo lo relacionado con la muerte. A Conchita no se le habría ocurrido en la vida irse a vivir del hotel Macarena pa'llá. Enseguía. A un tiro de piedra de los cipreses de San Fernando. La Canina, a pesar de que representa la derrota de la muerte, probablemente a muchos provoque lo mismo. De ahí las curiosas reacciones de algunas personas, que no quieren ni mirarla cuando se topan con ella en la calle. De ahí, quizá, también lo poquito que se habla de ella en los pregones.

Tan modosita y callada  
quieta, grave y circunspecta  
pareces hasta educada,  
un primor, pluscuamperfecta.  
Pero tu condición suele  
en el fondo ser malvada.  
Saco de huesos, te duele  
que seas la gran derrotada  
Cuando asomas en tu paso  
te retiran la mirada.  
Sí, lo sé, no semos nada  
Y tú llegando al Ocaso  
No hay quien evite el repaso

de tu afilada guadaña  
la mejor que hay en España  
por aguda y astifina.  
Tu bajío nos fulmina  
mas... te llevamos muy dentro.  
Ven y sal a nuestro encuentro  
no nos das miedo, Canina.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de lo importantes que fueron para mí las cosas que me contaba Conchita. En ellas se plasmaba la relación especial que el pueblo de Sevilla tiene con sus imágenes sagradas; una relación que va mucho más allá de la veneración. Como aquella hermana de la Estrella que entró un día de agosto en la capilla y, viendo que la Virgen estaba vestida con ropas de terciopelo, empezó a protestar por el calor que la pobre tendría que estar pasando. O lo que Manolo Toro, aquel gran cofrade, decía de su Virgen de las Aguas: que tiene la cara tan redondita que se le puede dar un pellizquito en la mejilla. Qué hermosa es la Virgen de las Aguas. Conchita también me habló de ella, de esa Virgen tan bonita que en vez de estar en una iglesia la tienen en un museo.

Conchita y su marido, Paco, nos esperaban cada Miércoles Santo en la esquina de la calle Candilejo, donde veían pasar San Bernardo. Aunque en realidad venían a vernos a mi hermano Francis y a mí; a decirnos lo guapos que estábamos vestidos de nazareno. Sí, porque los niños sevillanos están guapos vestidos de nazarenos. Los niños y las niñas también.

Un día, Conchita apareció sola en la esquina. Paco ya no estaba junto a ella. Y llegó también un Miércoles Santo en el que tampoco estuvo ella.

Todavía hoy, al cabo de tantos años, cada vez que paso por la calle Candilejo con mi túnica de San Bernardo no puedo evitar buscarla entre la gente. No la veo, pero sé que está allí, que ha vuelto para verme desde el lugar donde está ahora, desde el Cielo, a lomos de un caballo blanco alado.

Todos hemos tenido alguien como Conchita. Alguien que nos enseñó a conocer y amar la Semana Santa y, a través de la Semana Santa, a Sevilla. Y todos tenemos también una esquina dolorosamente vacía; una esquina donde se despeña el abismo del tiempo. Donde la memoria nos hiere, pero donde al mismo tiempo habita la esperanza. Porque esas esquinas vacías son también la promesa de un futuro reencuentro que llegará cuando termine de pasar la última cofradía.



## VÍSPERAS

La Semana Santa que de niños conocimos y guardamos en la memoria será la que nos acompañe durante toda la vida. Nuestra Semana Santa. Una Semana Santa que será diferente a la que iremos viendo evolucionar conforme nos vayamos haciendo mayores. A veces, no lo entenderemos, pero es necesario que así sea. La Semana Santa debe evolucionar. Está en su esencia. Si no lo hiciera, si no lo hubiera hecho, quizá ni siquiera habríamos conocido aquella Semana Santa que guardamos en nuestro corazón cuando éramos niños.

Los más viejos del lugar recordamos con nostalgia los Viernes de Dolores de nuestra infancia, en los que nada más salir del colegio, con las vacaciones de Semana Santa recién estrenadas, corríamos a la Gran Plaza para ver la cofradía de la Sed, que era entonces un hermoso preludio de nuestra Semana Mayor. Un acontecimiento al que los sevillanos acudían en masa. Pero no lo tuvo fácil. Muchos se opusieron a que saliera ese día, a que lo hiciera por su barrio; a que sus nazarenos no llevaran el macho bajo el antifaz... en definitiva, a que existiera. Pero Sevilla, sabía como siempre, sí la aceptó. Por eso hoy, quienes éramos niños entonces, recordamos con nostalgia aquellos Viernes de Dolores.

Se da, sin embargo, la triste paradoja de que algunos de los que hoy comparten esa nostalgia no terminen de aceptar la existencia de las nuevas hermandades de vísperas, que son ya diez. La historia, sin embargo, se repite y de nuevo Sevilla vuelve a poner las cosas en su sitio, dando el lugar que merecen a unas corporaciones que son lo más importante que ha ocurrido en nuestra Semana Santa en el último cuarto de siglo.

Basta ver cómo se ponen de gente esos barrios, algunos de los cuales se evitan durante el resto del año, cuando salen sus cofradías. La SE-30 se convierte el Viernes de Dolores y el Sábado de Pasión en la Ronda de Cíngulovalación de Sevilla; una ancha calle que nos lleva desde el Pino Montano del Señor de Nazaret y la Virgen del Amor a la Bellavista del Dulce Nombre; desde la Misión de Heliópolis a la Triana de Pasión y Muerte; desde la Salud y Clemencia de Padre Pío a los Dolores de Torreblanca, desde el Divino Perdón del Parque Alcosa a la Milagrosa de Ciudad Jardín y el Señor de la Caridad de San José Obrero. Que la cofradía del centro, la de la Corona, sea la excepción a la regla de los barrios en las vísperas lo dice todo de la razón de ser y lo que han supuesto estas hermandades.

Quien os habla conoce bien la Semana Santa de los barrios sin Semana Santa. ¿Os acordáis de aquello de Sevilla sin sevillanos? Pues nosotros éramos sevillanos sin Sevilla. A kilómetros del incienso y la tradición; del rito de la parihuela en el templo; de los chavales limpiando plata en la casa de hermandad. Lejos en la distancia, lejos en el vínculo y lejos, en definitiva, en el sentimiento.

Las cofradías de víspera vinieron a reparar ese injusto desarraigo de tantos sevillanos, que, ahora sí, tienen a Sevilla, a la Sevilla más honda, a la de la tradición y la fe, en sus barrios, al lado de sus casas.

Benditas sean, por eso, las cofradías de vísperas, que vinieron para recuperar a tantos hijos pródigos de Sevilla; hijos pródigos, que lo eran no porque hubieran abandonado su casa, sino porque nunca los habían dejado entrar en ella.

## ATEO Y CAPILLITA

Todos los pregoneros de la Semana Santa acumulamos una buena ristra de anécdotas. En mi caso, la primera no se hizo esperar. Nada más comunicárseme la honrosa designación para este cometido, me convocaron de inmediato en el Consejo de Cofradías y tuve que coger un taxi para llegar a tiempo.

El taxista que me llevaba preguntó:

-¿Dónde va?

-A la Puerta de Jerez, al Consejo de Cofradías.

-¿Ha pasado algo? El hombre, por lo visto, era curioso.

-Bueno, que han elegido al pregonero de la Semana Santa.

-Ah sí? Y quién es?

-Pues yo.

-Hombre, me alegro. ¿Ha elegido ya la marcha?

¿Lo ven? Era curioso. Y además, hablador.

Verá -me dijo-. Yo soy ateo, pero me gustan las cofradías una jartá. En realidad, soy más que ateo. Soy apóstata, pero muero con la Semana Santa.

Quien no conozca Sevilla seguramente se extrañará de que estas cosas pasen, pero pasan y aquí lo sabemos bien. A los sevillanos, como en general a los andaluces, no nos extraña, porque nuestra Semana Santa tiene una carga cultural y sentimental tan enorme que permite a gente que no cree en Dios disfrutar de ella, incluso participar en ella.

Hay a quien preocupa que este hecho pueda cuestionar el fundamento religioso de la Semana Santa, pero a mi juicio es al revés; yo creo que al que más remueve sus creencias es a quien, como nuestro amigo el taxista, dice no creer en nada. A los que piensan que la formación del universo, la complejidad de las células o el establecimiento de las leyes de la termodinámica son obra del azar; de una bonoloto cósmica; de la casualidad. Mucha casualidad, ¿no?

Yo estoy seguro de que a nuestro amigo el taxista le tiene que generar serias dudas sobre su fe en la nada ver la Virgen de la Victoria una tarde de Jueves Santo; tanta belleza no puede haber sido obra de la casualidad. O la dulce expresión del Señor de Pasión, ante el cual nos sentimos en presencia de algo que es mucho más que un portento de la imaginación; como lo vio el pregonero una mañana de enero al bajar de su altar para ser puesto en besamanos. Una visión que nunca podrá olvidar porque era el mismo rostro del Dios en el que él sí cree. O el conmovedor estertor del Cristo del Descendimiento de la Quinta Angustia y, más aun, la mirada de su madre, tan

atravesada por el dolor que ya ni puede llorar. O la Virgen del Valle, como surgida en su paso de palio desde otro tiempo, desde otra dimensión. O el misterio de la Carretería, que el Viernes Santo nos hace sentir el frío de estar ante el abismo, cuando Dios guarda un silencio definitivo y letal. O en la mirada que eleva al cielo su madre de la Soledad de San Buenaventura, buscando sin hallar consuelo a su dolor. Difícilmente, la casualidad pudo ser quien engendrara en el genio humano la inspiración para componer estas escenas tan llenas de dramática belleza y de sagrada unción.

Sí, nuestro amigo el taxista, tarde o temprano, se dará cuenta de que se está perdiendo lo mejor; que nada en la Semana Santa tiene verdadero sentido si se le extrae su razón de ser espiritual. Una Semana Santa sin Dios es una performance vacía, un cuerpo sin vida; un carnaval absurdo.

Pero, no nos engañemos, hay mucha gente que no cree en Dios. Cada vez más, porque es la corriente dominante en el pensamiento actual. A veces parece que declararse creyente sitúa a quien lo hace en una posición de inferioridad intelectual. Y no debería ser así, porque, si uno lo piensa bien, para explicar el misterio de la existencia todo cuanto nos rodea y de nosotros mismos, la opción de Dios concilia mejor con la razón que la de la puñetera casualidad. Pero sí, en los tiempos que corren, para creer en Él, al menos para reconocerlo, hay que tener algo de personalidad. Cofrades de Sevilla: Tened esa personalidad. No lo neguéis, como Pedro. No sois menos que nadie. Decidlo abiertamente. Sin complejos. Sí, creo en Dios. ¿Qué pasa?

Claro que a veces no puede uno evitar preguntarse si a esa visión de la Semana Santa, vacía y sin sentido, contribuyen más los descreídos que se acercan a ella desde la admiración y el respeto, como aquel taxista, o quienes, desde dentro, la frivolizan y empequeñecen haciendo que ciertos detalles, importantes pero secundarios, eclipsen lo que de verdad importa. Que no es el atavío de las imágenes, el andar de los pasos, el sonar de las marchas, el exorno de las andas, el puesto en la nómina o los minutos en la Campana. Cuidado porque todo eso a quien puede acabar generando la duda es al que todavía cree que no es la casualidad lo que hace florecer el azahar cada primavera; sino uno de esos pequeños milagros con los que Dios apela a nuestra razón, para hacernos comprender que nada es fruto del azar, que Él es la causa última y primera; que existe; es real y todos los viernes del año nos espera en la plaza de San Lorenzo.

## GRAN PODER

Pasado mañana se cumplirán ochenta años del Pregón de Semana Santa de Joaquín Romero Murube. Un precedente ante el que resulta una osadía subir a este atril. Y también un honor inmenso. Romero Murube fue el poeta más fino que cantó a Sevilla. El hombre que, con Juan Ramón y Cernuda, nos dejó las palabras más hermosas que se dedicaron nunca a nuestra ciudad.

‘Por esa vira de oro de la tarde de marzo viene Jesús Nazareno’; así nos habló de la luz que en estos días de hermosa espera predispone el alma y orienta el corazón para vivir una nueva Semana Santa.

Esa luz de marzo, declinando en la Barqueta, era también la que a Enrique Esquivias Franco anunciaba la inminencia de los días mejores. La misma luz, acaso, que hace tres mil años orientó hasta aquí a aquellos fenicios que fundaron una ciudad que todavía lleva el nombre que ellos le pusieron: Sevilla.

El nombre Sevilla es el resultado de la evolución, a lo largo de tres mil años, de la palabra que los fundadores de la ciudad usaron para llamarla: Spal.

Un nombre cuyo significado no se pudo averiguar hasta hace muy poco. Cuando me lo revelaron, un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

En la palabra Spal se hallaron dos raíces distintas. La primera hacía referencia a la cercanía del agua: seguramente a una orilla. De la segunda raíz no había duda. Su significado era Dios. O, más exactamente, la forma en que los fenicios se dirigían a Dios: Señor. En consecuencia, el nombre de Spal, y por tanto de Sevilla, quería y quiere decir: ‘La Orilla del Señor’.

Qué nombre más bien puesto le pusieron a Sevilla quienes la fundaron. Y qué bien lo comprendemos los sevillanos tres mil años después.

Sevilla es la Orilla del Señor.

Esa orilla está en San Lorenzo y a ella nos acercamos cada viernes buscando el agua bendita de la salvación, del perdón, del consuelo. El agua que conforta nuestro espíritu contemplando al Señor cuando en la Madrugada sale a nuestro encuentro. Porque el Señor nos busca; como un padre busca a su hijo perdido en medio de la tribulación, la sombra y la duda para confortarlo con la caricia de su mirada. El Señor viene hasta nosotros; se nos aparece en cualquier esquina del espacio o del tiempo. En el lugar más insospechado y remoto. A mí se me apareció un día escuchando la radio, oyendo una canción de los Pretenders. Nunca había reparado en la letra de aquella vieja canción, pero no sé por qué, ese día lo hice y no pude evitar que la imagen del Señor viniera a mi mente al oír unos versos que decían:

Por qué estás triste?

Hay lágrimas en tus ojos.

Ven conmigo. No te avergüences de llorar.

Nada que me confieses hará que yo deje de amarte.

Cuando estés en una encrucijada sin saber qué camino tomar, deja que me acerque a ti.

Porque incluso aunque estés equivocado, yo seguiré a tu lado y no permitiré que nadie te haga daño.

El Señor está donde menos se le espera. Hasta en una canción de los Pretenders. Él llega hasta nosotros como las olas a la orilla. Nos busca. Acude siempre. Nos llama por nuestro nombre, tiende hacia nosotros su mano y nos ofrece el gran poder de su infinita misericordia. Así lo hizo cuando fue a los Pajaritos. De aquella misión quedaron muchas estampas, muchos recuerdos. Seguro que os acordáis. Yo llevo uno de ellos grabado en el alma.

Fue cuando el Señor se marchaba. Al llegar a la confluencia de la avenida Federico Mayo con la calle Marqués de Píckman, justo en el lugar donde estuvo el puente sobre el Tamarguillo, el Señor se volvió para despedirse. Frente a él, otra vez, los tenderos de los bloques de Federico Mayo, la calle donde vivía mi abuela. Y fue como si en el cielo de Sevilla retumbaran entonces las últimas palabras de Jesucristo en el Evangelio de San Mateo; palabras con las que el Gran Poder se despedía de aquellos barrios humildes y castigados, haciéndoles una promesa.

‘Yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo’.

Sevilla es... la Orilla del Señor.

La culpa, el pecado el llanto  
Las penas que el alma siente  
Las cruces del penitente  
Del corazón, el quebranto.  
A todos ampara el manto  
de su bendita mirada.  
Cuando ya no esperes nada  
Cuando te toque perder  
Cuando mañana sea ayer  
Siempre encontrarás su mano.  
Gloria al Dios más sevillano  
Aunque en Belén fue a nacer.

Eres el brazo que salva,  
la mirada compasiva,  
la llama de fuego viva  
que la noche troca en alba.  
Eres un resplandor malva  
que el alma enferma ilumina

Y en el corazón, la espina  
no vuelve más a doler.  
A todo el que te acude a ver  
Una luz dentro le brilla.  
Qué suerte tiene Sevilla  
con tenerte, Gran Poder.

### PRISMA PURO DE SEVILLA

Todos los sevillanos guardamos en la memoria el recuerdo de una Semana Santa en la que dijimos adiós a la infancia. Para ti, chaval, muchacha que me escuchas, esa Semana Santa que llevarás para siempre en el corazón será esta Semana Santa.

Te aseguro que nunca olvidarás esa calle desconocida de Sevilla que descubrirás la semana que viene cuando te encamines por los recovecos del Pozo Santo para ver salir La Lanzada o entrar Santa Marta; o busques por Alfonso XII Las Penas cuando vaya de regreso. Ni la emoción que te harán sentir la cofradía del Cristo de Burgos bajando por Salés y Ferré cuatro siglos y medio después; la Sagrada Mortaja, envuelta en el lánguido silencio de la calle Francos o los pasos de la Exaltación, subiendo poderosos la Cuesta del Rosario. Como tampoco olvidarás a los amigos que te acompañarán el Martes Santo, cuando veas en la plaza de la Alianza el Cristo de las Misericordias, reflejándose en el agua de la fuente mejor afinada de Sevilla. Algún día, en medio otra vez de la muchedumbre que en el Salvador esperará la cofradía del Prendimiento, revivirás la sensación que te hará sentir tomar a esa persona de la mano para no perderos en la confusión de la bulla; una persona que puede que se convierta en alguien especial para ti; y que, pase lo que pase, lo será ya para siempre.

Debes apurar todo esto que vas a vivir; el tiempo que ahora tienes, porque luego te dolerá que se haya ido sin darte cuenta. Te dolerá que el abuelo ya no venga a traerte agua en tu tramo del Señor Cautivo del Tiro de Línea; te dolerá que al salir para ver las de Madrugá -como harás este año por vez primera solo con tus amigos- ya no oigas las voces de tus padres diciéndote: ‘ten cuidado, hijo’. Te dolerá no volver a ver la Semana Santa con los ojos del niño que fuiste, del chaval, la muchacha, que ahora eres.

Tendrás que aprender también que Sevilla es más compleja de lo que dicen sus tópicos. Sevilla no es, simplemente, esa ciudad dual donde hay que elegir, forzosamente, entre esto o aquello. Sevilla es mucho más rica; es poliédrica, múltiple, diversa, heterogénea, heterodoxa, inabarcable, inacabable.... Así la invoca Gerardo Diego al definir su torre mayor: ‘Giralda en prisma puro de Sevilla’. Un prisma de innumerables aristas y colores que se manifiesta con elocuente evidencia en la riqueza y variedad de nuestras cofradías.

La Semana Santa brilla en los barrios populares al son centenario de Pasan los Campanilleros.

Reluce el Martes por la mañana en el Cerro, donde una rara felicidad compartida flota en el ambiente. Y reluce más aún cuando sale la Virgen de los Dolores y Guillén ordena volver el paso, Afán de Ribera arriba, para que su Patrona se despidiera del barrio hasta la noche, mirándose en los espejos de las lágrimas de sus devotas.

Brilla el Sábado Santo en la Trinidad cuando sale la última Esperanza, que es también la última alegría de la Semana Santa de Sevilla. Y en el Barrio León, del que San Gonzalo trae cada Lunes Santo todo el azahar de sus naranjos vestido de nazareno.

Ese brillo se torna solemne y quedo en la tarde del Viernes Santo, cuando los arreboles que en el ocaso coronan el cerro de Santa Brígida parecen descender desde el Aljarafe hasta la calle Castilla para confundirse en el cortejo de la Hermandad de La O. Y se hará mística penumbra en la Madrugada cuando El Silencio cruce la ciudad que, sosegada y en calma, se estremece ante la mirada perdida de Jesús Nazareno, mientras los azahares, como en los versos de Villalón, tiemblan entre la plata del palio, envolviendo con la poesía de su aroma a la Virgen Sin Pecado Concebida.

Un silencio que atruena en el amanecer de la calle Zaragoza al paso de la Hermandad del Calvario y sobre el que se escribe la lección centenaria que cada Martes Santo el Cristo de la Buena Muerte imparte en las calles de Sevilla, aunando fe y razón. Un silencio que nos remueve en el transitar melancólico y definitivo de San Isidoro, cuando se empieza a abrir la herida de una Semana Santa que se acaba; herida por la que sangrará a chorros la nostalgia cuando el Sábado nuestras manos toquen -como aferrándose al instante, como queriendo detener el tiempo- las puertas de San Lorenzo, que se habrán acabado de cerrar tras el paso de la Soledad.

La luz que filtra el prisma sevillano irradia elegancia en los Servitas y humildad en el Carmen; historia y solera en Montserrat por Molviedro y los Negritos en la plaza de Pilatos; pero también presente ilusionado en el Sol del Plantinar. Y es paradoja en la tristeza que la ciudad desprende en el alegre Domingo de Resurrección, cuando en Santa Marina comprendemos que en ese misterio supremo descansa la razón de nuestra fe; que es lo que verdaderamente justifica este pregón y todo lo que en él se anuncia. No os sintáis tristes cuando lo veáis campear ante la muerte, porque está proclamando la víspera de la próxima Semana Santa.

En el prisma sevillano también se refleja la diversa realidad de los barrios del centro, depósito y consecuencia de la milenaria historia de la ciudad. El señorial San Vicente, en cuyas nobles fachadas resuena el eco de las Siete Palabras y vaga la sombra de la

Vera-Cruz. O el popular San Nicolás de la blanca Candelaria; la cofradía de Antonio y Candela. Antonio, que se murió sin haber cumplido los sesenta, demasiado pronto, pero se fue dejando a su familia lo más grande que tenía: su devoción a la Virgen. Por eso, la hija de su nieta Carmen se llama Candela; una niña que es la llama viva de la devoción. La llama de aquel cirio encendido del nazareno del último tramo de la Candelaria, que sigue ardiendo en la memoria y el corazón de su gente.

No hay dos Sevillas. Hay muchas Sevillas. Tantas como sevillanos. Y de ellas son el alma sus hermandades. Cuánto bien le hacen acercándola a Dios con sus ritos solemnes, con sus tradiciones, con su generosa entrega a los demás.

Pero hay que decir que no siempre fueron valoradas con justicia. Antes se hablaba de la fe del carbonero; luego, con algo más de comprensión, de la religiosidad popular. Y ahora, por fin, parece haberse entendido su necesidad y aquilatado su valor. Sevilla es afortunada teniendo a sus hermandades. La Iglesia de Sevilla también lo es. Y por ende, hasta la de Roma. El erial espiritual que se ve en otros sitios no se da aquí. Y nadie puede negar la salvaguarda que para ello representa la religiosidad popular, es decir, las hermandades. La expresión Piedad Popular ha venido a reconocer el patrimonio espiritual que constituyen. A la piedad popular se va a dedicar este año un importante congreso, que tendrá como colofón una procesión extraordinaria, que lo será en el sentido más literal que se haya usado nunca. Saldrá bien. En Sevilla, estas cosas siempre salen bien.

Es bueno, sí, que ese reconocimiento haya llegado al fin a lo que representan nuestras hermandades para la Piedad Popular; ahora bien, en Sevilla...

No hay Piedad más popular

que la de la calle Adriano

La que a Dios lleva en sus manos

La que debes emular.

No puede disimular

que es apenas una niña

En torno a ella se apiña

El barrio del Baratillo

que de oro le hizo un anillo

para que fuera su alianza

la Plaza de la Maestranza.

A la que un faraón... dio brillo

El Cielo es estar contigo

Y en el Arco del Postigo,

Otro anillo en joyero,

quiero ser tu costalero

hacer tu pan con mi trigo.

Yo sé que Sevilla entera

muere por ti, te venera

Y a tu gracia le pregona:

Ten de amor esta corona



mi Piedad baratillera.

Cofrades de Sevilla: sentíos orgullosos de lo que sois, de lo que aportáis a la ciudad, de lo que hacéis para mejorar la vida de vuestro prójimo. Estad convencidos de que Sevilla no sería nunca Sevilla si no tuviera a sus hermandades y cofradías; que es lo mismo que decir a Cristo y a su Bendita Madre la Virgen María.

## CRISTO DEL AMOR

El Hijo de Dios vino al mundo hace dos mil años para cambiar el rumbo de la Historia. A partir de Jesucristo, la humanidad superó la superstición y el mito. Dios ya no fue un ser terrible y vengativo; guerrero y promiscuo; ya no fue el innombrable. Jesús nos reveló que Dios es Amor y nos enseñó a llamarlo por su nombre: Padre.

Unos meses antes de que naciera Raúl, mi segundo hijo, me estuvo atormentando la idea de tener que dividir el amor de padre entre él y su hermano mayor. De no poder seguir queriendo igual al primero porque debía dar parte al segundo y de no poder querer al segundo tanto como había querido al primero. De estas ofuscadas disquisiciones me rescató mi entrañable compañero de Canal Sur Radio Pachi Gutiérrez. Pachi, que tenía dos hijas, me dijo: 'No te preocupes. Dentro de ti hay amor de sobra para querer igual al hijo que ya tienes, al que vas a tener y a todos los que te vengan'.

Y así ha sido. Nuestra capacidad para amar es infinita.

Cuando nació Raúl, antes de bautizarlo ante la Virgen de los Dolores del Cerro - entonces se podía- lo hice hermano de San Bernardo y el Amor, donde fueron sus padrinos Pepín Álvarez y Luís León, quien quiso además que aquella misma Semana Santa, el niño diera la primera levánta del paso de la Sagrada Entrada. Tendría dos meses cuando lo hizo, y fue tal el susto que se llevó al ver levantarse el paso, que se le quitaron las ganas de salir de nazareno para una buena temporada.

Hasta que un día, ya con catorce años, vino diciendo que esa Semana Santa sí quería salir.

-Raúl, es miércoles de pasión; queda sólo una semana para que salga San Bernardo, ¿tú crees que a estas alturas me puedes decir esto?

-Es que yo no quiero salir en San Bernardo. Yo quiero salir en la Borriquita.

Faltaban sólo cuatro días. No tenía ni túnica. Pero, con catorce años, era la última vez que iba a poder salir de nazareno en la Borriquita.

El niño salió en la Borriquita. Ahí estuvo su Hermandad para hacerlo posible.

La Hermandad y el Cristo del Amor llevan en mi vida, en mi corazón, desde que una lejana tarde en que la lluvia no dejó salir a las cofradías, me crucé en los soportales del Ayuntamiento, donde nos habíamos refugiado del chaparrón, con la niña más guapa que había visto jamás. Se llamaba Isabel y fue quien me llevó hasta el Cristo del Amor. Todavía puedo verla, era apenas una niña, orando ante su altar. Cada vez que salíamos a dar una vuelta y pasábamos por el Salvador, invariablemente entrábamos a verlo. Una de las veces que lo hicimos, al salir sonaba en el órgano la marcha nupcial.

Ha pasado ya mucho tiempo desde entonces, y aunque nos alumbraron tres soles, no fueron pocas las tempestades a las que hicimos frente en nuestra singladura, pero hasta en los momentos más duros, siempre sentimos que nuestro Cristo del Amor nos confortaba; nos sostenía; alimentaba de esperanza nuestro corazón con su sacrificio, como el pelícano alimenta a sus crías de su propia carne. Porque Él es un padre que ama a todos sus hijos por igual, porque también es infinita su capacidad de amar. Ese es nuestro Cristo del Amor; el de la advocación más bella y que mejor define a Dios. El que se entrega; el que ama y perdona; el que comprende y consuela; el de la Hermandad que abraza el Domingo de Ramos llevando la alegría del estreno en el flamear de las rubias palmas y entrega el Socorro de la Virgen María a los corazones encarcelados en la desesperación y la amargura. Su nombre lo explica todo. Amor. Dios es amor.

Hoy los dos sabemos -en realidad lo supimos hace ya mucho tiempo- que no fue casual aquel encuentro durante una tarde de lluvia en la que no pudieron salir las cofradías. Todas se quedaron en sus iglesias, menos una que salió para nosotros: la del Cristo del Amor; nuestro Cristo, Isa, del Amor.

## AL SEÑOR DE LOS GITANOS

Hay cofrades que tuvieron un sueño; que se sintieron llamados a una misión y lucharon para cumplirla. Cofrades que, con su empeño, nos legaron un patrimonio espiritual y un ejemplo de vida. La historia nos habla de Pepe el Planeta, en la Candelaria o Ramón, el de las Aguas; aquel humilde cofrade del que Antonio Illanes contó que le encargó un crucificado para su hermandad, acordando en el contrato que ésta le pagaría como buenamente fuera pudiendo.

Nosotros hemos conocido a uno de esos cofrades. Nosotros hemos conocido a Juan Miguel Ortega Ezpeleta; un gitano de verde luna que un día soñó con erigir un templo para su Señor de la Salud. Buscó el lugar adecuado por muchos rincones de la ciudad y al final lo halló en el antiguo e histórico convento del Valle; del que tomó su nombre la Virgen de los ojos verdes; donde Sevilla comenzó a rezar al Gran Poder. Sobre sus benditos cimientos, Juan Miguel haría realidad el sueño de levantar ese templo; luchó, convenció a la Hermandad, a las autoridades y a la Duquesa de Alba para que prestase su decisiva ayuda y, gracias a ello, Sevilla vio llenarse de calor espiritual un rincón otrora abandonado. De todo aquello, este año se ha cumplido el

primer cuarto de siglo, pero Juan Miguel no ha podido estar para celebrarlo. Hace sólo unos meses fue llamado a la presencia del Señor de la Salud y su madre bendita de las Angustias. Ya no está con nosotros, pero su sueño, del que él forma parte revestido de San Juan en lo más alto del columnario del templo, quedará para siempre en Sevilla, a la mayor honra y gloria del Señor de la Salud; de su Señor de la Madrugada; de ese Cristo gitano que cruza la noche sagrada perseguido por los ayes desgarrados de las saetas, por los suspiros de quienes se aferran al clavo ardiendo de su cruz, por las miradas de quienes no saben qué pedirle porque no tienen nada, por el silencio de los que enmudecemos al verlo tan solo, tan herido y, a pesar de todo, tan lleno de amor. Y todos sentimos en las entrañas el mismo pellizco, la misma pena, el mismo dolor y el mismo consuelo.

El aire resuena en bronce  
cuando el nazareno pasa  
chicotás de oro molío  
la grandeza de tu raza.  
Viene al son del martinete  
con ecos de yunque y fragua  
con la luna y las estrellas  
bajo la noche cerrada.  
Llega de un tiempo lejano  
que la memoria no alcanza  
Lo manda Alberto Gallardo  
que va con su primo Juanma.  
Cuánta gracia en tu cuadrilla,  
esa cuadrilla gitana  
que de canela y de clavo  
trae la brisa perfumada.  
Saetas por soleares  
Mairena otra vez canta  
desde el balcón de la Gloria.  
De la gloria sevillana.  
Ay Cristo de los Gitanos  
cuánta humildad en tu mirada  
qué mansedumbre en tu gesto  
conmueve a quien no cree en nada  
y cuánto el dolor conforta  
el verte otra vez la cara.  
Romero, jara y tomillo  
y un ramito de albahaca,  
pa'r mejó de los nacíos

ése que tu cruz abraza  
cuando la noche es más noche  
cuando toda luz se apaga  
Hoy Sevilla irá a buscarte  
A decirte cuánto te ama.  
Vendrá a ofrecerte claveles  
y lirios pondrá a tus plantas  
querrá contarte sus penas  
las que dice y las que calla  
Yo sé que tú las conoces  
porque estás en cada casa.  
Y te cantarán bajito  
Y te tocarán las palmas  
Señor del cielo y la luna  
de la virtud y la templanza  
Dale salud a los vivos  
y paz a los que descansan  
Y que tu Madre la Virgen  
por el amor coronada  
consuele nuestras angustias  
y lleve al corazón calma  
Ay Cristo de los Gitanos  
Señor de la Madrugada.  
Tú eres la luz que en Sevilla  
ilumina la mañana

## COSTALERO DE SEVILLA

Hay cofrades que pasan a la historia; cofrades a quienes todos conocemos. Pero la esencia del cofrade es el anonimato. Que sólo Dios sepa quién eres. En Sevilla, el cofrade anónimo por antonomasia es, debe ser, el costalero. El costalero es la figura más característica y distintiva de nuestra Semana Santa; protagonista además de mil y una historias en las que siempre aparecen entrelazados, al fin y al cabo estamos en Sevilla, el drama y la comedia.

Es de fama, que en la mítica cuadrilla de la Puerta Osario, había un costalero al que le faltaba un brazo, que se llevaba a las mudás un perrito al que tenía bien enseñado para que le llevase el costal. El perro era tan listo que se sabía el camino desde su casa a todas las iglesias donde su dueño sacaba un paso.

Un día, después de una desarmá y una vez que el capataz había repartido los jornales, el costalero manco le puso el costal en la boca al perro y se quedó a echar un rato con los compañeros en una taberna. La cosa se tuvo que alargar más de la cuenta, porque cuando el hombre llegó a su casa, su mujer lo recibió con cajas destempladas:

.-Vaya lo que has tardado. Te has entretenío, eh!?

.-Si ha sido sólo un momento, le dijo él.

.-¿Un momento? Po er perro ha llegao hase doh horah.

La historia de nuestra Semana Santa no ha tratado con justicia a los costaleros antiguos, a los llamados profesionales; aunque ellos preferían llamarse ‘aficionados’. También había mucha verdad, mucha fe, mucha devoción, y, desde luego mucho más esfuerzo, debajo de los pasos en su época. Yo quisiera aquí por eso homenajear su memoria, rendirles el tributo que merecen. Costaleros del hambre, canijos, vestidos de calle bajo las trabajaderas, proletarios de la devoción; costaleros que hacían la corría entera, un paso cada día de la semana y sin relevos. Y no siempre lo hacían por dinero, que muchas veces el jornal lo dejaban en un pañuelo para algún compañero necesitado, que no eran pocos en aquellos duros años. Costaleros que soportaban, además del peso de la trabajadera, el del prejuicio y hasta el desprecio. Yo conocí a muchos de aquellos atlántes de la Semana Santa: el Kiki, el Piola, Alberto Gallardo y tantos otros; y puedo dar fe de su categoría de hombres y cristianos cabales.

Es cierto que la llegada de los hermanos costaleros ha sido una de las mejores cosas que le han pasado a la Semana Santa de Sevilla, pero, oiga, un respeto para quienes durante siglos estuvieron llevando antes los pasos. Un respeto.

Dice mucho del aprecio que el pueblo llano le tiene a los costaleros, a los de antes y a los de ahora, que quienes mejor les han cantado hayan sido los poetas populares. Los autores de las sevillanas.

El Pali, los del Guadalquivir, los Romeros de la Puebla y, sobre todo, los Cantores de Híspalis de Pascual González, que no se podía tener un nombre más semanatero: Pascual.

De Pascual González se decía que tenía escrito el pregón de la Semana Santa por si un día lo llamaban. Yo se lo pregunté una vez.

-Pascual, ¿es verdad que tienes escrito el Pregón?

Su respuesta, no pudo ser más hermosa.

‘En el corazón, sí’.

Ese pregón que Pascual tendría que haber pronunciado en este atril, lo dio en los versos que escribió para nuestras cofradías, y en especial para la gente de abajo; sin duda los más sentidos de nuestra poesía popular. Y como Pascual, que tenía un punto de genio, era un innovador, no sólo cantó a los costaleros. También les cambió el calzado. A partir de Pascual González, los costaleros dejaron de llevar alpargatas y empezaron a llevar zapatillas; y lo hicieron por la sencilla razón de que alpargata no rima con Sevilla. ‘Costalero de Sevilla, qué orgullo debes llevá, el costal, la zapatilla y la faja reliá’.

Fuera de Sevilla son otra cosa, pero aquí, las zapatillas es lo que nos ponemos para estar en casa. Quizá sea que al fin y al cabo, debajo de un paso los costaleros están como en su casa. En la casa de Dios.

Costalero de Sevilla, qué orgullo debes llevar... El calzado y los tiempos serán distintos, pero el orgullo es el mismo.

Llevas a Dios por Sevilla.  
Faja, alpargata y costal  
eres del barco la quilla  
del rito, la cervical.  
Sin ti no sería igual  
el milagro de la ojiva  
ni el varal quieto que esquiva  
en cada esquina la cal.  
Tu procesión va por dentro  
de gravedad eres el centro  
en la divina semana  
Como ayer, hoy y mañana  
te santifica el trabajo  
en el que tu fe se afana.  
Viva le gente de abajo

Viva el pueblo soberano  
Nunca tu esfuerzo fue en vano  
De frente y sobre los pies  
Vamos al cielo con él  
costalero sevillano.

## YA VIENE LA MACARENA

Yo de niño no viví la Semana Santa. La soñé. Soñé la Semana Santa en los artículos de Antonio Burgos. Pero, sobre todo, la soñé con la Radio.

La soñé a través de las voces de los grandes maestros: de Filiberto Mira, José Luís Garrido, Chano Amador, José Manuel del Castillo, Agustín Navarro y tantos otros. La Radio me hacía crear cada noche el ensueño de un universo mágico de emociones y sentimientos. Cuando la Radio hablaba de la Semana Santa, me hablaba de algo muy especial que acontecía en un lugar también mágico y especial: Sevilla. Mi ciudad.

La Radio también hizo que aquel sueño se convirtiese en realidad cuando la vida me concedió el privilegio de ejercer mi vocación de periodista. Periodista... en una cadena de radio. Ahora sería mi voz la que llevara la Semana Santa hasta los oídos de tantos sevillanos que, soñándola, tal vez llegarían a amarla.

En mi primera Madrugá en la Campana reparé en un fenómeno que venía rufando en la banda de la Centuria Macarena. Alguna vez ya he dicho lo que entonces pensé. Ese tío toca como Charlie Watts, el batería de los Rolling Stones. Aquel tío era Pepe Hidalgo, un hombre sencillo, del pueblo, que tenía oro en sus baquetas y diamantes en su corazón. Si era bueno tocando, mejor era como persona.

Nadie le rezó al Señor como lo hizo el gran Pepe Hidalgo con su tambor. Ese Señor de la Sentencia que lo llevó de la mano en la vida para que fuera haciendo el bien con tantos chavales a quienes enseñó a tocar el tambor y la corneta, pero, sobre todo, a ser buenas personas; Pepe cumplió así el supremo mandato de amarnos los unos a los otros que nos dio un hombre injustamente condenado a la muerte más horrible, pero que a pesar de todo siguió amando y perdonando incluso a quienes lo mataron.

Mi Señor de la Sentencia  
inocente condenado  
por quienes has liberado  
con tu amor, piedad y clemencia.

Quiso limpiar su conciencia  
Pilato al lavar sus manos  
Mas no pudo el vil romano  
Que en su compasión mentía.  
Para ti no hubo amnistía,  
sino castigo inhumano.  
Hoy se repite la historia  
borrar quieren tu memoria  
que no quede quien te ha visto  
pero el mensaje de Cristo  
perdurará mientras haya  
en la Tierra un macareno.  
Que por Jesús Nazareno  
ellos siempre dan la talla.  
Cristo tampoco nos falla.  
Error con amor Él paga,  
no importa cuánto mal se haga.  
Su piedad todo lo alcanza.  
Es su fuerza la templanza  
y su Sentencia, el perdón.  
Abre ya tu corazón  
al Hijo de la Esperanza.

El paso de la Sentencia cruzó al fin la Campana y enfiló la calle Sierpes, seguido por Pepe Hidalgo y toda la cohorte de los armaos. La afamada Tertia Legio Hispalensi, Gloria Macarenorum, a cuya tropa iba saludando el relentito de la noche, que parecía decirle: Ave Gastadoribus, Ave Gandingae, Ave Matris Vostris Paritorium.

Los armaos son la gracia de Sevilla; y también lo más genuina e ingenuamente heterodoxo de su Semana Santa. Es curiosa la unanimidad que suscitan. En la pared de una taberna de la calle Feria, alguien escribió unos versillos que decían.

No sé si esto es malo o bueno  
Cuando escucho el Abelardo  
aunque soy de San Bernardo  
yo me siento macareno.  
Macareno... de los buenos.

También el poeta lo dijo  
Roma triunfante, colega.  
No le pongas ni una pega  
Que del Sentencia es sufijo



Le cantó el Silvio, canijo.  
Es una tropa sin tacha.  
Lo mejor que se despacha  
De la muralla es la almena  
Armao de la Macarena  
Y avanti con la guaracha.

De repente, se oyó un clamor en el Duque. El compañero del micro inalámbrico, aquel año Paco Gallardo, hijo del gran Alberto Gallardo, nos aclaró qué pasaba: ‘Acaba de llegar el bacalao de la Macarena’.

Bastó el bacalao para que aquello se viniera abajo.

Al poco, llegó el paso. Paco volvió a llamarme la atención sobre un detalle.

.-Fité qué arte los ciriales de la Macarena.

Cada uno de aquellos seis ciriales se inclinaba hacia un lado diferente; los acólitos que los portaban no podían mantenerlos enhiestos en medio de la enfervorizada masa humana entre la que intentaban abrirse paso.

Había, sin embargo, una extraña belleza en aquellos ciriales, cada cual inclinado en un ángulo distinto y en direcciones opuestas; como si cada uno de ellos estuviera señalando algo que a todos se nos ocultaba pero que debíamos ver. Y se tenía la sensación de que esa accidentada asimetría tuviera una razón de ser profunda; que así fuera exactamente como tenía que ser. Aquellos ciriales mostraban la apoteosis de un momento sin igual. La Macarena entraba en la Campana.

-Fité loh cirialeh, quillo.

Al poco rato me vi delante de ella. Ahora era yo el que llevaba el micrófono inalámbrico. Venía el paso con una bulla enorme delante; nadie sabía, o sí, cómo toda esa gente se había colado en la Carrera Oficial. En medio estaba yo, cargando con el armatoste del micro, andando para atrás entre empujones y contando lo que veía y, sobre todo, sentía. Era incómodo para todos, pero les juro que no había nadie que no sonriera ni que no tuviera el vello de punta.

Pepe el Pelao venía en la presidencia junto al hermano mayor, José Luís de Pablo Romero. El palio avanzaba a las órdenes de Luís León, con su tupé de ranchero de Texas, mientras las fachadas de la Campana rebotaban sucesivamente los acordes de las marchas triunfales que acompañan los grandes momentos de la Virgen de San Gil. Cómo iba la Virgen, Sevilla, aunque... qué te voy a contar yo a tí que tú no sepas. Yo, ya digo, iba haciendo lo que podía; buscando las palabras que pudieran explicar aquella emoción inexplicable; describir aquel momento indescriptible. ¿Qué pude decir? No lo recuerdo.

Los clamores no cesaban; el paso había doblado ya la última esquina y enfilaba la calle Sierpes. Desde el balcón de Pilar Burgos emergió entonces el torrente de una

saeta de Pepe er Peregrí, que se impuso a toda la banda del Carmen de Salteras, a las voces del capataz y a los vivas de la gente. Era el delirio.

Con la gracia del más genuino andar de los palios de Sevilla, el paso de la Macarena entró al fin en la calle Sierpes. Al fondo, los relojes del Cronómetro daban seis veces la hora exacta de un milagro. Yo me quedé en la esquina. A mi lado, dos dependientas de la confitería de la Campana lloraban... como magdalenas.

Apagué el micro y ya me disponía a regresar al balcón donde Canal Sur Radio tenía sus equipos cuando, desde la tribuna alguien me llamó. Era una muchacha que también lloraba. De sus oídos pendían unos auriculares con los que supuse había estado escuchando la narración que yo acababa de hacer de algo que también ella había visto. Extendió su mano hacia mí, estrechó la mía y me dijo: Gracias. No dijo más. Ni hizo falta.

En ese momento descubrí qué es eso que llaman la magia de la Radio. Y lo supe por obra y gracia de la que, sin que yo pudiera imaginarlo entonces todavía, iba a seguir aprendiendo muchas otras cosas a lo largo de mi vida: la Virgen de la Esperanza Macarena. La Madre de Dios.

No hace falta que lo avale  
el Concilio de Nicea.  
Con que Sevilla lo crea  
a mí me sirve y me vale.  
Si por la mañana sale  
el sol y la luna luego,  
es porque en ti arde el fuego  
que alimenta las estrellas  
Sin culpa, mancha ni mella  
que empañen tu corazón,  
el pueblo tiene razón  
cuando de elogios te llena.  
Compararte tié condena  
Porque como tú no hay dos  
Que eres la Madre de Dios  
Mi Esperanza Macarena.

Una noche de la que luego os hablaré, en la Basílica de la Macarena, Juan Ruíz Cárdenas, que era entonces hermano mayor, me dijo algo que yo oía por vez primera: ‘Aquí no hay casualidades; hay causalidades’. Su afirmación se parecía mucho a algo que había dicho Albert Einstein, el autor de la Teoría de la Relatividad. Nada es casual, el azar no existe. Dios no juega a los dados.

Einstein y Ruíz Cárdenas estaban de acuerdo en que todas las cosas tenían una causa; pero mientras todo un Premio Nobel de Física no sabía cuál podría ser, Juan Ruíz la tenía enfrente, sobre el presbiterio de la Basílica, puesta ya en besamanos.

Paco no creía en Dios. Tampoco es que crea mucho ahora; pero seguro que un poco más que antes, sí. En la que desde luego cree a pies juntillas es en la Virgen de la Esperanza. Paco y su mujer querían ser padres, pero no podían concebir. Debían adoptar y, aquí en Andalucía, que es donde ellos querían hacerlo, no era fácil. Habían presentado las solicitudes correspondientes, iniciando una ansiosa espera, que a buen seguro sería larga y sin garantía de éxito.

La mañana del Viernes Santo de aquel año, Paco estaba en casa de una amiga que vivía en la calle Amargura. No me preguntéis por qué, pero la Macarena, que nunca pasa por esa calle, pasó aquel año. Al llegar junto al balcón de la casa desde el que Paco veía la cofradía, el palio arrió. Cuando la tuvo delante, Paco la miró y, olvidando su falta de fe, se dirigió a ella con el pensamiento para decirle: ‘ayúdame a ser padre’.

El paso se levantó y continuó su camino. Pasó aquella Semana Santa, pasó el verano... Paco quizá se convenció de que el favor que pidió a la Macarena no tuvo mucho sentido. Puede que hasta se olvidara de ello. El tiempo siguió pasando y cuando el otoño acababa, le llegó, al fin, la comunicación oficial de que su esposa y él podrían adoptar una niña. Una niña que, casualmente, había nacido pocas semanas antes: el 1 de septiembre, festividad de San Gil Abad.

La carta que traía aquella noticia; la carta que le anunciaba que, al fin, vería hecho realidad su sueño de ser padre; la carta que a Paco le confirmaba que iba a tener lo que le pidió a la Macarena llevaba la fecha del día 18 de diciembre, festividad de la Virgen de la Esperanza.

Seguramente, una casualidad, aunque Paco está seguro, y quien sabe si Einstein también lo estaría, de que fue Ella. La Macarena, por cierto, no ha vuelto a pasar desde entonces por la calle Amargura.

Y es que, a veces, Sevilla, la Macarena, de forma sutil, como lo hizo con Paco, te llama. Y cuando la Macarena te llama, hay que ir.

A mí también me ha pasado.

Voy a revelar algo que hasta ahora sólo sabían muy pocas personas; los allegados. Pero hoy todos ustedes son los allegados del pregonero.

La noche en que Juan Ruíz nos hizo aquella distinción entre casualidades y causalidades asistíamos a la bajada de la Esperanza. Una de esas casualidades inexplicables me había llevado hasta allí. No recuerdo qué día de la semana era, pero sí que el sábado siguiente, mi mujer, Isa, iba a someterse a una intervención delicada que nos tenía muy preocupados. La invitación para acudir a tan restringido ritual me llegó de improviso. Había conocido a Juan Ruíz sólo una semana antes y creo que ni él supo por qué decidió invitarme. Quizá lo comprendió esa misma noche, cuando le contamos lo de la operación. Yo porté a la Macarena con el pregonero de aquel año,

Curro Ruíz Torrent. Y Juan ofreció a mi mujer un pañuelo de la Virgen que se llevó al quirófano. Ella cuenta que durante el tiempo que estuvo bajo los efectos de la anestesia, vio su cara; esa que ríe y llora al mismo tiempo. Sí, seguramente, también una casualidad.

Todo salió bien y el pañuelo se quedó con nosotros. Un pañuelo que solíamos ofrecer a la familia y los amigos en los momentos difíciles.

Pocos años después, el padre de Isa cayó enfermo. La tarde del día de Navidad empeoró de forma irreversible. Corrimos al hospital con el pañuelo, que Isa depositó bajo su almohada. Pero no hubo milagro. Aquella misma noche falleció. Al cabo de las primeras horas de dolor y trámites funestos, empezamos a preguntar por el pañuelo. Nadie lo había visto. Las enfermeras, ejemplares como todas las que desempeñan este humanitario cometido, lo buscaron por todas partes. Parecía haberse volatilizado. No se pudo encontrar. Seguramente lo que pasó tuviera una explicación lógica; que el pañuelo se confundiera entre el revoltijo de lencería del hospital y nadie lo viera. Pero a quienes creemos en los milagros de la Virgen de la Esperanza, algo dentro nos dice que, después de haber acompañado al padre de Isa en el trance definitivo y conducirlo hasta Ella, ese pañuelo voló de nuevo a sus manos para que la Macarena siguiera con él secando las lágrimas de tantos desesperados a quienes da su consuelo.

A nosotros, el pañuelo ya no nos hacía falta, porque la llevábamos a Ella misma, entera, guardada para siempre en lo más profundo de nuestra alma.

Un mar seca tu pañuelo  
de lágrimas, Esperanza.  
Siempre inclinas la balanza  
cuando el mal te reta a duelo.  
A tus plantas sus anhelos  
y hasta sus vidas presentan  
quienes en ti la fe asientan  
porque eres el mismo cielo.  
Eres la llena de Gracia  
la estrella de la mañana  
la hermosura sevillana  
la que de aliento nos sacia  
Tú eres la democracia.  
Porque eres Madre de todos.  
Del abuelo, el padre y el crío  
Y hasta del que no ha nacido  
Eres de Sevilla el NoDo  
La Giralda, el cielo, el río  
La esencia, el señorío  
Eres la cal y el esmero  
de los que labran el oro.

La muralla de los moros  
El capote de Romero  
Y eres también el albero  
de la plaza de los toros.  
Eres la paz de mi casa  
y la mirada más noble  
y te adivino en la guasa  
de mi hermano Paco Robles.

Tu eres la plaza de España  
y el parque de Maria Luísa  
En primavera, la brisa  
y eres cristal que se empaña  
en otoño. Y eres risa  
en abril. Y eres gitana  
Y cante por sevillanas  
De la guitarra, la prima.  
De Gustavo Adolfo, rima  
que entona la Resolana  
y fíjate qué detalle  
de Bécquer, la firma escrita  
en la esquina de tu calle.  
Eres bondad infinita  
Rosa que no se marchita  
No hay nada que igual se halle.  
Porque tú eres Sevilla  
Y eres Andalucía  
la bendita tierra mía  
donde tu gloria más brilla  
Aquí echaste la semilla  
de la más bella azucena  
sevillana y nazarena  
que adoran en todo confín  
Eres el principio y el fin.  
En tí, la risa y la pena.  
La luz que mi alma serena.  
Madre del Hijo del Hombre  
déjame decir Tu nombre:  
Esperanza Macarena.

## PARA ELLOS LA SEMANA SANTA

El pregonero, en ese punto y hora, quisiera dedicar un recuerdo a esos niños y niñas eternos para quienes la Semana Santa, las cofradías y todo lo que éstas comprenden: los pasos, los nazarenos, los costaleros, las bandas, las insignias, la cera, los caramelos... constituyen casi todo. Son su alegría, su mundo, el mejor de sus juguetes, la mayor de las ilusiones. Niños que nacieron con el Cielo ya ganado; niños y niñas que, como la Virgen María, vinieron al mundo sin pecado original.

Yo veo a esos niños cada mañana acompañados por sus padres y madres, en cuyas miradas asoma una tristeza infinita y el dolor de la herida que llevan en el alma: Y también el miedo por el incierto futuro de sus hijos. ¿Qué les pasará cuando ellos ya no estén para cuidarlos?

De la mano los siguen llevando, aunque a veces son ya más altos que sus padres, hasta los autobuses o las dependencias de esas entidades que son un orgullo para la ciudad: Autismo Sevilla, Aspanri, la Once y tantas otras, con el Centro de Estimulación Precoz de la Hermandad del Buen Fin como estandarte. Sólo por ellos, por ver sus caras de felicidad, su risa y su alegría merece la pena cada año el esfuerzo de llevar los pasos, montar los altares de insignias, cargar con las cruces, instalar la Carrera Oficial o salir de nazareno. Sólo por ellos merece la pena que exista la Semana Santa de Sevilla.

De esos niños y niñas que nunca dejaran de serlo por muchos años que cumplan quiero acordarme en esta hora, cuando cada vez esta más cerca el instante en el que volverán a estremecerse, a reír, a gritar de entusiasmo viendo el primer nazareno en la calle o escuchando los tambores de la banda de una cruz de guía. Seres de luz, espíritus de azahar que son la personificación de la bondad y la pureza. Para ellos, entera, la Semana Santa.

En su homenaje, quisiera hacer mía a esta hora la arenga instituida por un singular cofrade de Sevilla; Angelito el aguaó, alguien que, a su manera, también es cada año pregonero de la Semana Santa y a quien simbólicamente quiero tomar ahora de la mano para que suba a este atril y, con él, en el presentir de que ahora sí, esto ya está aquí, decir a los cuatro vientos:

### COFRADES A LA CALLE

Cofrades, a la calle. A proclamar con orgullo nuestra fe en Cristo y María.

Cofrades a la calle. A honrar a nuestros padres, renovando la tradición que ellos nos legaron

Cofrades a la calle. Que se levanta el paso de la primavera y todos tenemos que estar puestos.

Cofrades a la calle. Que el tiempo vuela y la Semana Santa llega para irse en un suspiro.

Cofrades, sí, a la calle.

Que nadie se quede en casa  
Que la primera ya pasa  
Que nadie a Sevilla falle  
Ni vaya a faltar detalle  
Incienso, flor, melodía..  
A ninguna cofradía  
Cofrade, sal a la calle.  
Mira cómo está Sevilla  
La ciudad es una chiquilla  
Que el río ciñe por el talle  
Cuida que no se desmaye  
de esta bendita ilusión  
del Rosario la oración  
rezará en cada varal  
El palio de Montesión  
Y cual si fuera un fanal  
la Virgen del Dulce Nombre  
iluminará a los hombres  
con su gracia sevillana  
Qué gloriosa es la mañana  
del Polígono San Pablo  
sé muy bien de lo que hablo.  
Allí está el mismo Dios vivo.  
De fe y devoción Cautivo  
Cofrade sal a la calle  
lleva tu rama de olivo  
Que al espíritu conmuevan  
Los ritos que hoy se renuevan  
El sentimiento arrebatá  
la ojiva al morder la plata  
cuando sale San Esteban.  
Es la emoción que delata  
en esta noche de calma  
esa lágrima sincera  
que se derrama cual cera  
ante el Cristo de las Almas  
Cofrade sal a la calle  
Hazle caso a tu albedrío  
que te está pidiendo a gritos  
rezarle al rostro bendito  
de la Virgen del Rocío.  
Sevilla entera en la calle  
La Tres Mil, Los Pajaritos

Sevilla Este y Nervión  
Rochelambert y el Tardón  
Todos los once distritos  
Sin que haya más requisito  
que el orgullo y la emoción  
Toma tu cirio encendido  
que sale la procesión  
Cofrade, venga a la calle  
Únete al pueblo elegido  
que el azahar ha florecido  
como un blanco terciopelo  
y dale gracias al cielo  
porque en Sevilla has nacido.



## SÓLO FALTAN SIETE DÍAS (EPÍLOGO)

Cuando los nazarenos de San Bernardo terminamos la estación de penitencia, acudimos a la capilla sacramental para postrarnos ante el Santísimo y darle gracias. Es un momento de plenitud, de encuentro con Dios. Allí, arrodillado junto a tus hermanos, comprendes el sentido del sacrificio que acabas de realizar y también el de la misión que él nos encomendó: amaos los unos a los otros.

Un año más, se acerca la hora de volver a vivir ese momento; y al verlo acercarse, parece que también lo hacen todas las veces que antes lo viví. Mi padre me ha sacado otra vez la papeleta y vuelvo a verlo llegar a casa con ella. Y, como cuando era un chiquillo, siento renovarse dentro de mí la alegría y el orgullo de volver a ser un nazareno de San Bernardo. Un nazareno de Sevilla.

Has vuelto a regresar desde la sombra  
donde un mal día te encerró la muerte  
en cada cosa ahora puedo verte  
oigo tu voz de nuevo, que me nombra.

Los pétalos de azahar tejen la alfombra  
que de un fatal destino nos advierte  
mas Sevilla hoy me concede tenerte  
Milagro de ciudad que el alma asombra

Ya no pasa la lenta cofradía  
de oscuros y callados nazarenos  
que de tu mano ver yo te pedía

La que pasa es la vida y no halla freno  
que impida al sol ponerse cada día  
Te espero en San Bernardo, padre bueno.

Decían los clásicos que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Y el rockero Silvio, que sabía tanto de tantas cosas, aseguraba también que existe una ley universal, de esas leyes que, según él, sólo pueden comprender los animales.. y los japoneses, quizás también el Almirante Apodaca, que hace que las cosas pasen cuando tienen que pasar, si es que tienen que pasar.

Yo esta mañana quisiera dar gracias a esa ley, que en el fondo todos sabemos quien redacta, por haber hecho que pase esto que ha pasado; por haberme permitido saldar mi deuda de amor con Sevilla anunciando la llegada de su Semana Mejor.

El domingo que viene, cuando ya sí sea Semana Santa, entre el cancel y la puerta de la iglesia del Salvador, se renovará un sencillo ritual que cada año oficia el primer nazareno de Sevilla. Kiko Bonilla, que ese es su nombre, lleva más de treinta años siendo el primero en la Campana. Y este Domingo de Ramos, si Dios quiere, volverá a serlo.

Sucedará más o menos a esta hora, Kiko, puesto ya su negro capirote y colgada del brazo la canastilla de mimbre de diputado de cruz de guía de la Hermandad del Amor, rezará un Padrenuestro al Señor de la Sagrada Entrada, acordándose de los que con Él se fueron. Como de costumbre, seguro que se le escapará alguna lagrimilla que ocultará el antifaz. Luego, cogerá en brazos a su nieto, que irá vestido con la túnica blanca, tomará de la mano a la niña pedirá la venia y, con el paso ceremonioso de los nazarenos de Sevilla, echará a andar rampla abajo mientras la banda toca Cristo del Amor y la bulla congregada a las puertas del templo se retira ante él, como las aguas del Mar Rojo ante Moisés. De ese modo, empezará a escribirse otra vez la más bella historia que cada año acontece en Sevilla. La historia de una nueva Semana Santa.

Sólo faltan siete días  
para llenar de alegría  
el corazón sevillano  
qué cerca está ya, hermano  
Cristo en la calle. Y María  
Sólo faltan siete días.  
Queda apenas un suspiro.  
A todas partes que miro  
hallo luz en la mirada  
Sevilla no dice nada  
mas brilla como un zafiro.  
Está aquí. Aquí asomada.  
Ya será Semana Santa  
cuando al pasar la semana  
claree la mejor mañana  
y el sol bese a la Giganta  
mientras suena Font de Anta  
al repicar sus campanas.  
Y será Semana Santa  
cuando ese viejo martillo  
de plata nueva su brillo  
le diga al paso: levanta  
que la impaciencia ya es tanta  
por abrir ese portillo.  
Y será Semana Santa

cuando veas sobre el terreno  
ese primer nazareno  
que a la niña chica espanta  
pero ante el que alma canta  
porque ya está aquí lo bueno.  
Y será Semana Santa  
en la tierra sevillana  
cuando aquel alma temprana,  
semilla de nuestra planta,  
con un nudo en su garganta  
pida la venia en Campana.  
Quedan aún siete días  
Pero es sólo una semana  
Nada más que siete días...  
para colmar de alegría  
el corazón sevillano.  
Qué cerca está ya, hermano.  
Gritarlo quiere la boca  
En el reloj gira loca  
la impaciente manecilla  
Ahora ya no lo soñamos  
Llegó al fin lo que esperamos:  
la gloria, la maravilla  
del cielo azul de Sevilla  
en un Domingo de Ramos

He dicho.